

De la rebeldía y el rock

Sobre la onda *rock*, cuántos temas no se plantearon, se plantean y se plantearán; es un tópico que en la actualidad, aparentemente, importa a muchos. ¿Hasta dónde?, ésa es la gran pregunta. Desafortunadamente hablar de esto hoy es aún más complicado que durante aquellos años de la segunda mitad del siglo pasado, cuando el movimiento tuvo su mayor auge, y cuando su maravilla era desbordante en las diferentes manifestaciones que éste era capaz de atrapar.

El *rock*, además de juvenil y radical, era sobre todo un movimiento mundial. Cualquiera que fuese el arte no dejaba de estar acompañado por el *rock*, y dondequiera que éste manifestaba su influencia se topaba con la represión debido a los efectos que generaba en el orden social; orden que, al fin y al cabo, se vio envuelto por el golpe industrial. Resulta ilusorio pensar que el *rock* pudiese evitarlo, pues incluso los grupos más subversivos, anarquistas y radicales en el mundo actual se deben al capitalismo (aun cuando sea mínimamente), ya de manera material o siquiera inspiratoria (¿acaso no es una musa entre sus musas?). Terminamos por consagrarnos al mundo capital, donde lo más conveniente sería olvidar el *rock*, si en realidad se le quisiera separar de los vicios sociales.

En este principio del siglo XXI, con problemas acomunados, el *rock* se halla envuelto, en nuestra sociedad, en una problemática que caracteriza la mayor parte de nuestra cultura: la enajenación, en la que somos capaces

de sumergir, con suma facilidad y entusiasmo, cualquier aspecto cultural. En fin, parece que ello está de más para quienes carecen de sabiduría y modestia. Sin embargo, los anhelos por rescatar este olvidado movimiento como fenómeno social y, sobre todo, revolucionario, en toda la extensión de la palabra, conducen al replanteamiento de la problemática roquera.

conduce a lo diferente y más conveniente; en un sentido estricto, ésta nos permite denotar un *no* rotundo y confirmado, que presupone un límite tanto en la realidad como en la imaginación; pero también, con ello, un *ilimitarse*. Un límite del que hemos carecido por mucho tiempo y del que continuamos careciendo, y un *ilimitarse* que nos conducirá a limitarnos pero desde

la perspectiva que nos acontece la vida. Este nuevo limitarse nos lleva a un ser "completo", pero que no deja de ser complejo. Lo importante es que entre ese primer movimiento y el segundo se adecua un *juicio*. Nos atrevemos a negar para un día poder aceptar, y lo primero que hacemos es vaciarnos de todo aquello con lo que nos han y nos hemos llenado. La rebeldía es ese momento de disposición, de voluntad, en el cual nos atrevemos a cultivar un desierto, a abandonar las ruinas, los recuerdos, cuando nos convertimos en el mar que borra las huellas de la arena.

Con el enjuiciamiento se adquiere conciencia entre *esto o aquello*, se sopesan las posibilidades de nuestra realidad (algo rescatable del primer movimiento social del *rock* para su momento fue *decidir* entre la guerra o el "*peace and love*"). Si en el hombre no existe la posibilidad de emitir un juicio de valor, se cae en la indignidad más vergonzosa; con esta indiferencia culmina una vida, la vida misma entregándose a la paciencia, la pacificación, la

estatización, la esterilización, que para nada están relacionadas con el profundo sonido del *rock*. ¿Qué puede hablar sobre la *dignidad*, sobre el *orgullo*, un hombre de nuestro tiempo? Poco sabemos de ello o, acaso, nada; ese tipo de palabras van en contra de la subsistencia

Laura Contreras Martínez, Ciudadano de dibujos, 2007, mixed media, 26.5 x 19 cm.



Recordar que la esencia y la más pura naturaleza del *rock* se encuentran en la *rebeldía* no tiene por qué ser un sueño utópico pasado de moda o una ideología ya gastada. Recordemos que en muchos aspectos de la vida nos debemos a la rebeldía, por ser una capacidad que nos

a la que se nos ha conducido en esta vida industrializada, tecnificada.

Esos momentos de resignación matan, secan nuestras venas, hieren la existencia; mientras que juzgar se configura como una decisión, una elección y, de manera prefigurada, como un compromiso, una *valoración* que es posible distinguir en el límite que encontramos, pero ya desde nosotros mismos. Precisamente, la importancia de esta valoración ayuda a rellenar el hueco que por naturaleza tenemos en la propia existencia (pensemos en lo que nos entrega y hace sentir la mejor de "nuestras rolas"). Esa necesidad de la *autoconstitución* nos conduce, a partir de cierta libertad, al enjuiciamiento, a la decisión, a la elección y, con ello, a la valo-

ración. Valoramos desde nuestra libertad para valorar desde nuestra estructura más íntima; por tanto, valorar es condición de nuestra existencia. La rebeldía es condición de nuestra existencia, de nuestra libertad. ¿No es esto verdad, padre Adán, que por el amor a una mujer y por el gusto a una manzana bien valió tu rebeldía un castigo, bien valió el olvido del paraíso? ¿Hermano Aquiles, el más rebelde de los griegos, que en inmortalidad llegas hasta mis días, no es la rebeldía lo que promete un futuro a la vida?

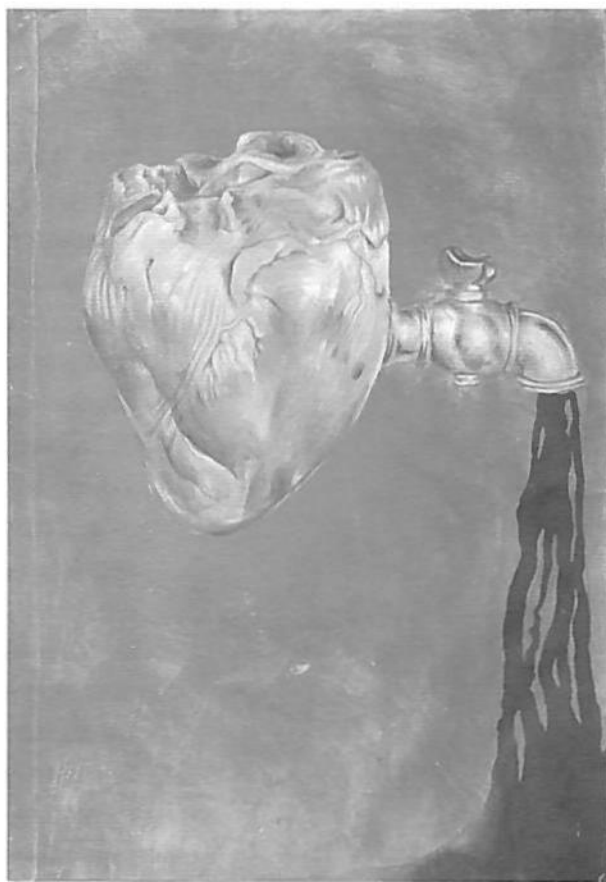
En este anhelo de cambio, de evolución, de liberación, de revolución y, por qué no, de olvido de aquello que no fuimos, no somos y no

tendríamos por qué ser, nos proyecta el *rock*, nos ha permitido sentir y principalmente ser. Largo sueño hemos tenido.

Lamentablemente, todo aquello que inició como un cambio, como una liberación, ha de resolverse en un triste encarcelamiento, en un estancamiento, en un aletargamiento. ¡Sonaba tan hermoso para ser realidad! Y aclaro que esto no está enfocado hacia una discusión de géneros ni, mucho menos, de buenos o malos gustos, pero sí dirigido a un problema que se encuentra en éstos. Las temáticas de géneros y gustos —considero— solamente responden a las necesidades libres, valorativas, de cada ser; en estas temáticas, si se les prefiere nombrar así a toda esa gama de sonidos y a ese orbe de emociones, sólo estaría de más la descriptiva; por tanto,

mejor es respetar la esencia de la música. Lamentándolo, expreso lo siguiente: se ha hecho de todo esto un encarcelamiento de nuestro ser, de esa posibilidad de vernos disueltos en el orden del cosmos (al cual nos eleva el *rock*, la música de nuestro tiempo), porque ahora se ve envuelto por la ignorancia de que es víctima nuestro presente (nosotros, sociedad).

La necesidad de constituirnos, de proyectarnos, de plasmarnos en la realidad (aquella en la cual a cada segundo dejan de ser las cosas y en la que buscamos sentirnos algo, alguien) se fusiona, se pierde, en la velocidad con que se vive hoy; esa velocidad que nos conduce a la enajenación,



la reclusión, el aislamiento y la incomunicación, que nos sienta en la esterilización de la vida misma. Hoy las prefiguraciones se sobrepone al *rock* (a la música), al *deber ser* alguien; nuestro ser se ve perdido en la oscuridad de la nada que tanto refleja la ropa negra con la cual se ha caracterizado a la comunidad roquera.

Desafortunadamente así se llega al *rock*, sin ninguna interrogación o reflexión prolongada, sólo mediante una emoción o por la necesidad de manifestarse como parte de algo en la sociedad. El estereotipo adolece de profundización, y esto se refleja en la calidad de cualquier movimiento (o género, si se prefiere); por ello, termina por fundirse en la terrible dinámica del consumismo y en la estupidez.

La carencia de bagaje intelectual, tanto en los creadores como en el escucha de *rock*, ha hecho de todos una fosilización de seres abandonados en la inmortalidad, de la cual el propio *rock* pretendía huir, así como de las moralidades modernas y del adiestramiento hallados desde nuestra visión de ser. La cultura del *rock* se fuga, se escapa por las rasgaduras que aparentemente proyectan rebeldía en el pantalón de los jóvenes, o se queda reprimida en la opacidad del velo que generan los cabellos largos en este ir al mundo.

Esta música que nutre con su gama de variaciones, sea cual sea su modo, se ha perdido en la levedad, en la mediocridad de cada uno de nuestros seres, en la urgente necesidad que tenemos de ser para nosotros mismos y para el resto que vive en esta velocidad siempre

indiferente. Todos esos estúpidos prejuicios que se les han formado a los hombres de hoy le han ganado la batalla a nuestra música. ¿Dónde olvidamos la rebeldía, la revolución, la necesidad de cambiar, la dinámica? No olvidemos que el *rock* no es la música por sí misma, somos nosotros quienes lo hacemos; es la parte de nuestro ser más sensible en busca de la *diferencia*, es esa edad que en cuerpo ya no cabe y busca y busca y busca la salida, una nueva manera de ser: nuevos ojos, boca, oídos, risa y hasta falo.

La búsqueda intensificada de nuestra posición en el mundo da ser al *rock*; por tanto, la única manera de traerlo a la vida es precisamente la creatividad, el movimiento en cualquiera de sus posibilidades, siempre relacionado con nosotros mismos. El *rock* es olvido y creación, vida y muerte. En todos sentidos implica una rebeldía; hagámosla, en tanto, de la mejor manera, *o todo o nada* por nosotros y para nosotros. Rompamos con lo establecido, lo rígido, con la entropía a la que está dirigida la vida, enemigos número uno

del *rock*. Encontremos nuestro propio límite en lo ilimitado. *Ser o no ser*.

Las máscaras por las que está compuesta nuestra sociedad han llegado a cada uno de esos roqueros que carecen, por un lado, de profundidad en su vínculo con el *rock* y con su propia vida, y que pecan, por otro, de modismo y vanidad. No se trata de la búsqueda de una mediación, de un equilibrio en nuestras razones y emociones, sino de un radicalismo en búsqueda de cambio, puesequilibrículmina en el adormecimiento,



como en la actualidad. La radicalidad, en cambio, conduce necesariamente a un cambio en todos los aspectos humanos, a sentir diferente la manera de existir, de estar expuestos en el mundo. Si es posible lograr la propia libertad, es sólo a partir de la conciencia de dicha esencia, y es justamente cuando se debe exigir en nosotros lo que queremos ver y sobre todo ser.

No se puede ser consciente de lo que acontece en la propia existencia si no se identifica aquello que ha conducido a la vivencia de la situación actual. Se debe ubicar lo que es preciso dejar para evolucionar. Sólo el intelecto, la conciencia y el impulso, la potencia del *rock*, nos llevarán de la mano. No se puede escuchar por escuchar esta música, se requiere elevar al punto máximo las emociones por las que está compuesto el hombre

y traspasar la frontera de la ensoñación. Razón y emoción en conjunción pueden conducirnos a la revolución.

La característica principal del *rock* es esto de lo que he hablado, que en mucho se distancia de los distintos tipos de música donde el principal objetivo es la pasividad, por mucho movimiento que en éstos se halle. Se sabe, y es lo que confirma la realidad, que la alienación provocada por dicha música ha sido una de las trampas más perfectas por parte del aparato ideológico del Estado, pues a éste le conviene mantener en tal condición a la sociedad; así, de una manera muy sutil, ha involucrado también al *rock* para conseguir la manipulación exacta de las masas, para su adormecimiento.



Laura Contreras Martínez, *Autoretrato*, 2006, óleo sobre tela, 90 x 150 cm.



En la actualidad, por tanto, la clasificación de las diversas maneras de hacer *rock* (e incluso toda la música) simplemente es semejante a los variados caminos por los que se puede hacer llegar la medicina al consumidor (el analgésico requerido ante un mundo que, cansado, trata de explotar, lesionado por todas las represiones impuestas a un ser que tiene la necesidad de manifestarse mediante un sin fin de posibilidades y quien, en el fondo, ya no cree en cuestiones civiles o religiosas, espiritistas o materialistas, e incluso deportivas; las instituciones cansan, las reglas quebrantan una *posibilidad* más de ser en el mundo).

Recuperemos el *rock* y demos cuenta nuevamente de la belleza que le puede proporcionar a la existencia ante la sarta de sujeciones que nos impide ser. Veamos que el *rock* en su amor a la vida obliga a desertar de la vida misma, y en ese camino a traicionar el lenguaje, los colores, los olores, los números y las formas, a la madre y al padre, a todos los amigos y a los enemigos, a los amores, los temores, la literatura y la religión, que corta el paso a la memoria y a toda la razón. Desnuda las palabras y las cosas, las parte en dos o en tres, en seis o en cien; en él, las reglas se inventan y reinventan: siempre es nuestro primer día, la primera experiencia. Esta música es la tierra arada por los años, la tierra

infinita donde cada sonido viene preñado de vida que come vida y da más vida, cuerpo que, en un tiempo, se construye y, en otro, se destruye.

Somos movimiento que no reposa ni en la muerte, y sin muerte ya reposamos en una invariabilidad de ruidos que nada dicen porque nada decimos, que se guardan a susurrar la verdadera vida. Andamos sobre tabla rasa en vida hacia la muerte, última que hace presencia en cada exhalación: respiramos agonía. Siempre detrás del *rock* hay un mundo que está a la espera de su vida o, mejor, de su muerte; quiere ser parte de la vida, pasar, caminar por ésta: ser tocado por el viento, quemado por el fuego, deslumbrado por la lluvia, visto por las estrellas, adorado por el laurel. Odia la rigidez, no busca un pueblo eterno, tampoco quiere ser un dios. El *rock* siempre ha sido, es y será la conclusión de una historia, de nuestra historia.

Para no caer en el mismo agujero más adelante, es momento de decir que esto no es fácil: las repercusiones siempre serán y estarán cargadas de mayor exigencia; por ello, el compromiso mencionado es fundamental. Comprometámonos con el *rock* y con la vida. No tenemos certeza de más que de nuestra vida, y no podemos olvidarnos de ella mientras estemos aquí. ¡!